

deñarían ciertamente de tener por propias sus biografiados, Rodríguez Marín estaba en mejores condiciones que nadie para hacer la edición crítica de las novelas cervantinas de fondo y costumbres sevillanas, y lo justificó plenamente con las ediciones de *El Celoso Extremeño* y de *Rinconete y Cortadillo*⁴⁵. En sus estudios y descubrimientos, más que su paciencia de erudito, hay que admirar su sagacidad de investigador. Si su diligencia acopió los materiales trabajando sobre la propia indagación, su poder evocador de artista reconstruyó lo derruido y revivió lo pasado.

Siguiendo el camino abierto por Rodríguez Marín, publicó Amezáa después su edición crítica de *El Casamiento Engañoso* y de *El Coloquio de los Perros*⁴⁶. Es la introducción que

⁴⁵ «*Rinconete y Cortadillo* | novela de | Miguel de Cervantes Saavedra | Edición crítica | por | Francisco Rodríguez Marín | ... Sevilla ... Díaz ... 1905»

⁴⁶ «*El Casamiento engañoso* | y el | *Coloquio de los perros* | ... Edición crítica | con introducción y notas | por | Agustín G. de Amezáa y Mayo ... Madrid Bailly-Bailliére»

las encabeza, no sólo un atinado comentario, sino un cuadro completo de la vida española de entonces, tanto en Valladolid como en las regiones en que los principales episodios del relato se colocan. Hay atinada y pertinente erudición en sus copiosas notas, y nada huelga en este libro, aparentemente voluminoso con exceso por tratar sólo de dos novelas.

A las ediciones críticas de *El Celoso Extremeño*, *Rinconete*, *El Casamiento Engañoso* y *El Coloquio* puede agregarse como texto depurado el de *La Gitanilla*, que se les junta en la edición dirigida por Don Rufino José Cuervo⁴⁷. Acompáñalas, asimismo, un breve prólogo, interesante por la indicación de las erratas evidentes en la edición príncipe, cuyo conocimiento es indispensable para fijar la mejor lectura.

Con la publicación del tomo tercero de la bibliografía de Rius, vulga-

⁴⁷ «*Bibliotheca Románica. 41 a 44. Biblioteca Española. Cervantes | Saavedra | Cinco | Novelas Ejemplares | Strasburgo | ... Heitz*»

rizarónse entre los aficionados a este género de estudios, además de las opiniones de la crítica nacional y extranjera, ya puestas en circulación sobre las *Novelas* de Cervantes por quienes las recogimos directamente de los textos, otras poco conocidas de la generalidad⁴⁸. Entre ellas son sin duda importantes, y con razón citadas ahora frecuentemente, varias de las que merecieron a los escritores alemanes del siglo XVIII y primera mitad del pasado; no porque en esos párrafos sueltos puedan sintetizarse sus bellezas o descubrirles un matiz nuevo, sino porque revelan una devoción consciente, a la inversa de la desdeñosa y protectora conside-

⁴⁸ Tercer tomo de la «Bibliografía Crítica» de Rius, antes citada (Villanueva y Geltrú | Oliva, impresor ... 1904), pueden verse las de Herder, pág. 205; Schelling, pág. 217; Schlegel, págs. 221 a 224; Walter Scott, pag. 234; Tieck, págs. 246 a 251; Roscoe, página 253; Schopenhauer, pág. 256; Puibusque, pág. 273; Lemcke, pág. 289; Furne, pág. 296; Royer, pág. 300, no comprendidas entre las mencionadas y examinadas en la primer edición de este libro, y que directa o indirectamente tratan de las «Novelas Ejemplares».

ración que—salvo las excepciones ya anotadas—les acordaron los escritores franceses en el mismo período, así como sus secuaces españoles. La cifra y compendio de aquellos juicios nos la dan unas cuantas líneas de correspondencia privada, que, cabalmente por su carácter de íntima sinceridad, tienen para nosotros particular importancia. Refiérome a las cartas de Lessing y Goethe a Conradi y Schiller⁴⁹,

⁴⁹ «Las Novelas de Cervantes son verdaderamente ejemplares. A ninguna de ellas le falta delicado ingenio y apropiada risueña sátira». (Carta con motivo de la traducción alemana de las *Novelas*, publicada por Conradi en 1752.)—«Lessing, que tenía en alta estima el genio de Cervantes, pensaba traducir sus *Novelas* al alemán. No tuvo ocasión de realizar su propósito, pero no por esto cesó de enaltecer a su autor». (Bibl. Crít. de Rius, t. III, pág. 202.)—«He hallado en las *Novelas* de Cervantes un verdadero tesoro de deleites y de enseñanzas. ¡Cómo se regocija uno cuando puede reconocer como bueno lo que ya está reconocido como tal, y cuánto se adelanta en el camino cuando se ven trabajos formados precisamente sobre las máximas según las cuales nosotros mismos procedemos conforme a la medida de nuestras fuerzas y de nuestra esfera!». (Carta de Goethe a Schiller en 1795.) «Bibl. Crít. de Rius», t. III, pág. 214.

respectivamente. Con las frases dirigidas a este último cierra Menéndez y Pelayo la elocuente alabanza que les dedica en su estudio sobre los *Orígenes de la Novela*, no sin haber repetido antes las de Federico Schlegel: «quien no guste de ellas y no las encuentre divinas, jamás podrá entender ni apreciar el *Quijote*».⁵⁰

Las últimas traducciones de las *Novelas Ejemplares*, y las advertencias y noticias que las acompañan, demuestran mejor conocimiento y más amplia información que las precedentes. Algunos comentarios que han seguido en el extranjero a la aparición

⁵⁰ «Una autoridad literaria—agrega—más grande que la suya y que ninguna otra de los tiempos modernos, Goethe, escribiendo a Schiller en 17 de Diciembre de 1795, precisamente cuando más ocupado andaba en la composición de «*Wilhelm Meister*», las había ensalzado como un verdadero tesoro de deleite y de enseñanza, regocijándose de encontrar practicados en el autor español los mismos principios de arte que a él le guiaban en sus propias creaciones, con ser éstas tan laboriosas y aquellas tan espontáneas». «*Orígenes de la Novela*», Menéndez y Pelayo. (Nueva Bibl. de Autores Españoles, t. VII, pág. CXL.)

de esas versiones, indican también una comprensión general más honda de la obra cervantina, y del lugar que le corresponde en la historia literaria del mundo, no ya cronológica, sino artísticamente.

Superior, con mucho, a las anteriores traducciones inglesas es la de Maccoll⁵¹. Reunió el Señor Fitzmaurice-Kelly en la introducción que puso a la misma, las observaciones que juzgó más interesantes entre las publicadas ya por los que al estudio directo de estas obras nos dedicamos en alguna ocasión, y aunque al trasladar las noticias literarias incurre a veces en errores de hecho fáciles de señalar, no por eso dejará de ser ese trabajo el primero de cierta extensión, y el más abundante en datos, de cuanto sobre esta parte de la obra de Cervantes se imprimió en Inglaterra.

Los juicios que acopia tienen su

⁵¹ Exceptuando las notas, entre las cuales hay algunas lamentables. Vol. VII | VIII de las obras completas de Miguel de Cervantes. «*Exemplary | Novels* | t. I ... Cowans ... 1902». Introducción, p. VIII, XX y XXIV.

lugar de examen en otra parte de este libro y no han de repetirse aquí; respecto a las equivocaciones, conviene no dejar inadvertidas algunas por lo menos. Al hacer la historia de la publicación de las *Novelas* llama a Salas Barbadillo, que las aprobó el 31 de Julio de 1613, «el futuro autor de *La Ingeniosa Elena*»—*the future author of «La Ingeniosa Elena»*—Salas en aquella fecha no sólo había escrito ya *La Ingeniosa Elena*, sino que en 1612 la había dado dos veces a las prensas: en Lérida por Luis Manescal, y en Zaragoza por la viuda de Lucas Sánchez; pues *La Hija de la Celestina* y *La Ingeniosa Elena* son la misma obra, publicada indistintamente con uno u otro nombre o con los dos reunidos. Este error no es insignificante, al rectificarlo se deja asentada la prioridad de la obra de Salas.

Asegura también a propósito de *El Amante Liberal* que Cervantes no estuvo nunca en Chipre. Esta negativa no habría modo de documentarla, aun admitiendo que no quedase en

claro lo contrario en virtud de las propias palabras de Cervantes en sus memoriales e informaciones, como quieren algunos de sus biógrafos⁵². Sea de esto lo que fuere, donde no estuvo jamás fué en Constantino-
pla, y, no obstante, en la *Historia de la Literatura Española* del propio Fitzmaurice-Kelly se cuenta hablando de su rescate en Argel: «Considerose insuficiente la cantidad para redimir a un hombre de la posición de Palafox; pero bastaba para poner en libertad a Cervantes, *que fué embarcado en la galera del Bey y conducido atado a Constantinopla*»⁵³. Lamentable es esta inopinada invención, pues aunque se corrija en las ediciones siguientes, no por eso dejará de quedar perpetua-

⁵² Véase, por ejemplo, «*Efemérides Cervantinas* | ... por | Don Emilio Cotarelo y Mori ... Madrid | 1905». En la pág. 41 dice: «Cervantes, según sus explícitas palabras, asistió a la fracasada expedición en socorro de la desdichada ciudad. (Nicosia, capital de la isla de Chipre.) Memorial al rey, en 1590».

⁵³ «*Historia* | de la | *Literatura Española* | Fitzmaurice-Kelly. Edición de *La España Moderna*», pág. 294.

da en miles de ejemplares, que correrán difundiendo la novísima desventura. Hartas tuvo Cervantes en vida para añadir esa póstuma.

Tampoco está en lo firme el señor Fitzmaurice-Kelly, cuando supone equivocadamente que aquella frase de *El Licenciado Vidriera* «Pasó el Licenciado a Valladolid, donde en aquel tiempo estaba la corte», es comentario explicativo de un crítico y no un paréntesis añadido al texto por algún editor de Cervantes; paréntesis que, como dije, no puede servir de base para fijar la fecha en que la novela se escribió, porque sólo figura en ediciones modernas. El Señor Fitzmaurice-Kelly lo niega asegurando que la frase no figura en ninguna; para convencerlo podrían citársele muchas, más de veinte tengo anotadas, pero me basta remitirlo a una sola, a la propia traducción de Maccoll donde habría encontrado: *and so he arrived at Valladolid where the Court then was*. No me parece mucho pedir a la seriedad del

Señor Fitzmaurice-Kelly que antes de hacer observaciones tan radicales sobre los que juzga errores ajenos, hojeara siquiera los libros que prologa. Su observación demuestra, por otra parte, que la traducción, aunque mejora las precedentes, como ya dije, está hecha sobre un texto español defectuoso ⁵⁴.

Quien como Alfredo Giannini tras del trabajo escrupuloso puesto en la traducción de las novelas cervantinas y realizado con feliz éxito, declara que no cree haber hecho nada perfecto, y sólo usado de mayor diligencia que que sus predecesores, tiene derecho a ser más alabado por sus aciertos que censurado por las deficiencias en que

⁵⁴ *Compláceme la atención, minuciosa y detenida, dedicada a mi libro por el Sr. Fitzmaurice-Kelly, y el aprecio que hace de él, considerándolo tan útil que nulifica los trabajos precedentes. Me honra que lo cite muchas veces, y lo aproveche bastantes más; pero conviene a la verdad dejar las cosas en su punto para que no se formen leyendas que hagan constantemente de la biografía de Cervantes y del estudio de sus obras un tejer y destejer de tela de Penélope.*

haya podido incurrir ⁵⁵. De la fidelidad de esa versión y del arte con que

⁵⁵ *A no ser que se le señalen, como yo lo hago, para que pueda subsanarlas en otra edición. El calificativo de «Istruttivo» que usa varias veces, no traduce bien al italiano el carácter de ejemplaridad que Cervantes quiso poner en ellas; pues instrucción y ejemplo son cosas diferentes. Quien conoce el español, como de ello da muestra el Sr. Giannini en la difícil traducción de «El Licenciado Vidriera»—sólo comparable con la de Foulché-Delbosc—, debe corregir un párrafo que, cabalmente por estar al comienzo de su obra, puede extraviar injustamente la opinión del lector acerca de ese conocimiento. Es el que sigue (los paréntesis son del autor): «Le novellette (novelas cortas) invece si chiamavano «cuentos» (conti), «patraños» (fiabe) «consejos» (consigli). Obra citada, p. 12. A lo que hay que decirle que «patrañas» y «consejas» son palabras femeninas y son sinónimas; «conseja» y «consejo» no lo son, ni pueden, por lo mismo, traducirse ambas «consigli».*

También el Sr. Giannini ha tomado mal el apunte del libro citado ampliamente en este mismo estudio—nota mín. 73 de la primera edición, y 93 de la presente—, pues el enigmático Doctor García, autor de «La Desordenada Codicia», existió a comienzos del siglo xvii, y nada tiene que ver con D. Agustín García de Arrieta, escritor de comienzos del xix, a quien equivocadamente el Sr. Giannini atribuye la obra—«Novelle», pág. 31—, que no está reproducida, por cierto, en el tomo viii de los «Libros de Antaño», sino en el vii, donde se incluye con otra obra del propio autor.

ha sido escrita, dice con justicia Borgeese ⁵⁶, que «junta a la escrupulosidad literal su intimidad con el espíritu del autor», y que «tanta es la dignidad y resuelta gallardía de su estilo que Cervantes aparece vivo y fresco, moderno y eterno como en *Don Quijote*».

A la introducción crítica, formada en gran parte, como la de Fitzmaurice-Kelly, con materiales de segunda mano, pero mejor compuesta ⁵⁷, sólo habría que hacer algunos reparos, sobre el crédito que concede Giannini en la investigación del origen de las novelas a ciertas invenciones de pedantismo nacional y extranjero, justamente desechadas ha tiempo, así

⁵⁶ Artículo publicado en el «Corriere della Sera», de 28 de enero de 1913.

⁵⁷ Aquella es de todo punto desproporcionada, pues más de la mitad se emplea en hacer la historia del descubrimiento y otras minucias y particularidades de «La Tía Fingida», atribuida a Cervantes, dedicando la otra mitad, solamente, a las doce novelas auténticas; desproporción tanto más extraña cuanto que «La Tía Fingida» no se incluye en la traducción que Fitzmaurice-Kelly prologa.

como a la fe que le merece la pretendida cronología de la producción cervantina, respecto a la cual no hay comprobación alguna indudable⁵⁸. Por lo demás, pone al tanto al lector de cuanto concierne a las recientes investigaciones de la erudición española, y su testimonio, al igual del de Borge y Savj-Lopez, tiene valor propio, como mayor de toda excepción, en lo que nos dice respecto al italianismo de las obras de Cervantes reduciéndolo a su justo término. Hasta de aquellas novelas que por desenvolverse en un medio italiano pudieran tener más de exótico en idea o en forma, escribe Giannini: «Los varios italianismos notados aquí y allá, no parecen elementos bastantes para concluir acerca del sello y carácter italiano de ninguno de esos relatos. Aunque se tengan en cuenta tales

⁵⁸ Pueden verse las notas mims. 15, 20 y III; el capítulo xiii del libro segundo, y las págs. 69 a 73 de este mismo estudio, así como el examen especial que de esos particulares hago en «De cómo y por qué la *Tia Fingida* no es de Cervantes».

coincidencias, accidentales y secundarias, del todo exteriores; el colorido, la fisonomía y el contenido de las novelas cervantinas, es y queda esencialmente español y nacional»⁵⁹.

Con él conviene Savj-Lopez⁶⁰, cuando a propósito de unas palabras de Menéndez y Pelayo sobre la influencia que Boccaccio pudo ejercer en Cervantes, dice: «Menéndez y Pelayo ha querido sostener que en el estilo de Cervantes nadie influyó como Boccaccio, aunque se apresura a agregar que el influjo del *Decameron* fué puramente formal.» «Lo que podría significar dos cosas, la primera que Boccaccio no ejerció en realidad ninguna influencia, porque no se vé bien que cosa puede ser un influjo solamente formal; la segunda, que Cervantes se deriva del Boccaccio cuan-

⁵⁹ M. Cervantes | Novelle | ... Tradotte e illustrate | da | Alfredo Giannini | Bari, Laterza ... 1912, páginas 12 y 16.

⁶⁰ Paolo Savj-López. | Cervantes. | Napoli. | ... Ricciardi ... 1913, págs. 125 a 156.

do no es Cervantes, es decir, en sus páginas muertas. Cervantes habla alguna vez como podían hablar los degenerados descendientes de la *Fiammetta* o del *Filocolo*, pero únicamente cuando no tiene nada que decir. Muy diversa de la del Boccaccio es la naturaleza de su genio, menos amplia, menos dramática, menos colorida, pero más rica en íntima profundidad y reflejo individual. Ni Boccaccio ni otro ninguno ha turbado la vena de aquella originalidad que supo encontrar en sí su magnífica expansión.»

Asentemos de paso que Savj-Lopez amplía más que rectifica a Menéndez y Pelayo, quien dice de esa influencia en el estilo: «Ni siquiera trasciende a la prosa familiar en que es incomparablemente original; sino a la que podemos llamar prosa de aparato, alarde y bizarría».

Aun disintiendo en detalles de apreciación, para quien algo sepa de literaturas comparadas, estos ensayos son dignas muestras de la moderna

literatura italiana que hace de la crítica creación personal a la que la propia erudición sirve de sostén interno y no de estorboso y ostensible andamiaje.

Qué diferencia entre la breve y cabal noticia en que estos críticos condensaron con dos rasgos el argumento y el espíritu de las *Novelas Ejemplares*, y las difusas relaciones en que no ha mucho todavía, ciertos bien intencionados comentaristas españoles, representantes rezagados de la escuela de Estala, Bosarte y García de Arrieta—como Apraiz ⁶¹ y Mainez ⁶²,—a falta de información o de doctrina, se imponían la ardua tarea de contar en su pobre prosa lo que con tanta gallardía, gracia y vigor Cervantes había narrado ya. Cervan-

⁶¹ *Estudio histórico crítico sobre las «Novelas Ejemplares» de Cervantes.* Vitoria. Establecimiento tipográfico de Domingo Sar. 1901. Sobre este libro puede verse el juicio de Foulché-Delbosc en la «*Revue Hispanique*», año VIII, pág. 551.

⁶² *Cervantes y su época.* Jerez. «Litografía Ferezana», 1901, págs. 543 y sigts.

tes, de cuyo poder e influjo en la evolución del relato imaginado, dice el mismo Borgese: «el esquema convencional de la novela se rompe y se ensancha hasta tomar proporciones temerarias: vigorosos acentos sintéticos, o plácida y cómoda curva de voluptuosidad narrativa, choque de colores; encadenamiento y resolución de paréntesis, de incisos, de episodios, en agitado oleaje, parecen descuidos, pero a quien sabe ver le revelan el seguro dominio del genio sobre la materia que crea.»

XII

Cada generación literaria busca en las obras de los viejos maestros algo que convenga con la moda artística reinante, y pretende, para justificar sus tendencias, inscribir nombres ilustres en la lista de los precursores de su credo. Así se explica que los seudo clá-

sicos, queriendo admirar sin reservas a Cervantes, inventaran, como Mayans, extrañas y pedantescas clasificaciones para sus novelas, llamando, por ejemplo, al *Coloquio de Cipion y Berganza*, «sátira lucilio-horaciana», «jocosidad milesia», y otros disparates por el estilo; así se comprende que a Florian le encantaran los pastores de que se burló el propio autor de *Galatea*, en el *Coloquio de los perros*, y que le entusiasmara *La fuerza de la sangre*, por lo que hoy a nosotros nos deja fríos, por su abuso de lágrimas y desmayos; y hasta se comprendería también que, como algunos pretenden, Víctor Hugo hubiera adoptado a *La Gitanilla* por hija suya—yo no veo muy clara la adopción,—y vestida a la francesa, *Preciosa* se convirtiera en la *Esmeralda* de *Nuestra Señora de París*. Si Zola hubiera sabido castellano, habría se recreado, como algunos de sus adeptos, con *El casamiento engañoso*; y hé aquí porqué, de extraño modo, ha sido Cervantes sucesivamente imitador de griegos y latinos, bucólico,

romántico y naturalista; y será más tarde neomístico o precursor de alguna flamante escuela, si hay quien se dé a escoger en su obra literaria lo que convenga con el nuevo modelo. Esto es verdad, pero lo es también que hay en las obras de los grandes maestros algo permanente y no sujeto a las volubilidades de la moda, y que, como el desnudo clásico en la escultura griega, tiene una belleza objetiva que en determinadas razas produce un placer estético, en cierto modo permanente. No soy yo de los que imaginan que esta emoción puede ser igual a la que sentían los que nos precedieron en la contemplación de esas obras de arte, porque cada generación nueva experimenta sensaciones nuevas ante las obras del mundo antiguo; pero hay en ellas algo que se salva de los caprichos y versatilidades de los tiempos, y, aunque de diversa manera, es admirado por todos, en la copia artística, pero fiel, de la naturaleza misma, que producirá emoción de arte, diversa en diversos tempera-

mentos, pero emoción al fin, en todo aquel que no padezca de anestesia estética.

Por eso es risible que los críticos de hoy miren las novelas de Cervantes, no con sus propios ojos, sino con los de Huet, Florian, Mayans, Pellicer ó Victor Hugo. Tan malo es para el caso que las vean con los ojos cansados y turbios del erudito, que no vivió otra vida que la de los libros, como que las miren con la mirada penetrante del genio: hay que ver y sentir por sí mismo, sin necesidad de procuradores ni apoderados. Explicable sería que un escritor naturalista, en el período agudo de aquella escuela, hubiera cantado las excelencias de las *Novelas* en lo que le pareciera tenían de más descarnado; pero lo que no puede aceptarse, es que haya quien por seguir la opinión ajena, se entusiasme hoy con pastorcillos de pasta-flora, o con alguna de aquellas sensiblerías extrañas o aventuras imposibles, que dejaron en Cervantes los libros de caballería, como deja un incendio el

olor del humo en el que viene de apagarlo.

Las *Novelas Ejemplares* no caen bajo la jurisdicción de la arqueología literaria. El libro de Cervantes está vivo, y hay que intentar estudiarlo con una crítica viva también.

LIBRO SEGUNDO

ACAD. DE CIENC. Y LET. DE MADRID
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 U. B. N. U.